
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 10, Número 55, Marzo Abril 2009

Índice

Editorial: Creación.....	1
El país del mas acá.....	3
Sobre la Meditación.....	7
El gran fracaso.....	9
Enseñanzas del confucianismo.....	11
Enseñanzas de Meister Eckhart.....	12
Comenzar a buscar a Dios es ya comenzar a encontrarlo.....	13

Editorial: Creación

Corazón mío, la ternura y el amor de nuestra Madre Tierra son infinitos.

Los viejos pueblos, que se entendían más con el alma de las cosas que con sus presencias materiales, lo sabían y por eso la reverenciaban, levantándole altares motivados por el espíritu de gratitud. La Santísima Madre Demeter, en Grecia, conocía de este amor de sus Hijos; y también la Divina Madre Isis de Egipto, como tantas otras culturas y tantos pueblos. En nuestra civilización atea, que se engalana con los bordados superfluos del intelecto materialista, apenas si es considerada como un planeta más entre millones, una célula cósmica movida por leyes mecánicas, que gira sin cesar alrededor del Sol.

Se marcha ciego, se ha perdido la fecunda visión del Espíritu, que saltando la mera presencia de las formas, ve mucho más lejos, puesto que dirige su mirada al reino de las esencias. Cuando tomes el camino espiritual, cuida el cuerpo físico donde moras. Él es hijo de Nuestra Madre y se te ha dado como instrumento para la Gran Búsqueda, del mismo modo que el bosque generoso ofrece al marinero el cuerpo de sus hijos, los árboles, para que la nave necesaria para sus viajes sea construida.

Calcio, fósforo y demás elementos que componen el cuerpo, vienen de su Vientre Santísimo. Acceden a separarse de Ella por Amor a ti, y así conforman tu estructura, ésa donde vives por unos años; mas entiende que son hijos suyos, parte constitutiva de su Gran Cuerpo Divino, cedidos generosamente con el fin de colaborar contigo en tu anhelo de Unificación con Aquél.

No hables de muerte porque la muerte no existe sino en el reino de la mente poseída por el temor. Cuando abandonas tu cuerpo físico, para él eso es Liberación o – como enseñan los sabios de Oriente– Moksha. ¡Qué Bienaventuranza infinita sentirán los elementos que conforman las células al verse retornados a los brazos amorosos de su Madre! Se separaron de ella por un sacrificio de Amor, lo hicieron para conformar tu pequeña individualidad física tu barca de navegante, tu delantal de colegial en la Escuela del mundo. Con tu último suspiro comienzan su regreso, van a la fiesta de Unión con Ella después de tantos años de separación, conminados a servir, ellos, que pertenecen a la Divina Madre Tierra, esclavizados a tus caprichos y cegueras.

Cuando una criatura humana observa un cuerpo yaciente, se conmueve de dolor... porque no puede comprender la ciencia de la Gran Vida Universal. Gimotea lloroso ante lo que supone un fin, cuando apenas si se encuentra en presencia del más venturoso de los comienzos: el de la reintegración de lo divino con lo Divino. Tu espíritu sutil asciende hacia los planos sutiles; ellos, los elementos de tu cuerpo,

HASTINAPURA

diario para el alma

regresan a su Madre. Nuestra Señora se sacrifica y Da parte de sí en cada nacimiento de los innumerables seres que viven en Ella.

Así, nunca, pequeño mío, hables de fin, de acabamiento, porque todo eso no existe para el espíritu clarividente. Tú, para la reintegración de tu espíritu con Dios, posees la Eternidad. Te liberas de la ignorancia y alcanzas el sagrado Moksha; tu cuerpo físico, como te decía antes, conoce también el Moksha tras cada una de tus etapas cumplidas, cuando abandonas tu vestidura física y descansas por un tiempo, de tu peregrinaje en la casa de las formas densas.

Agradece a Nuestra Madre maravillosa por su colaboración con tu Tarea espiritual; ella sabe hacia dónde te diriges, ella ayuda a los planes del Señor otorgándote la gracia de nuevas vestiduras.

Lograrás esta forma de enfocar la Gran Vida a medida que te desentiendas del verdugo del yo, que genera siempre apegos hacia abajo. Los rizados cabellos del cuerpo donde moras, sus miembros poderosos y bien constituidos, son un préstamo, no son tuyos y mal haría el alma identificándose con ellos; no lo hagas tú tampoco, porque te sumergirás en los laberintos del dolor causado por tu mal enfoque de la Realidad. Desgarra el velo de tu ignorancia, desentiéndete de tu mente grosera, observa todo con ojos de sabiduría. Reflexiona. La reflexión mata la hierba de la opinión. Aprende a estarte quieto y solitario; dialoga, Hijo mío, con la Verdad que vive en tu alma maravillosa y caminarás por el mundo con latido de campana mañanera, siempre feliz, siempre contento, sin las torpes asechanzas de las sombras que sólo cogen al indolente entre sus garras y lo mantienen cegado para la Gran Realidad.

Ama pues, Corazón, a nuestra Sagrada Madre Tierra, la del cuerpo perfecto, la de las mil virtudes. Que sea un simple planeta para los otros, pero no para ti, que puedes Ver mejor, pues tu mirada es limpia y diáfana, y te entiendes más con la Verdad que con las opiniones científicistas del momento.

¿Recuerdas a Platón? ¡Qué descripciones magistrales hacía de los cuerpos celestes! Qué desinterpretaciones huera y materialistas las del hombre actual, larva apenas inteligente y ya henchido de soberbia y opiniones que subajan aquello que desconocen!

Devuelve Su Amor con el tuyo, nutre tus horas, Corazón, con la sagrada Devoción al Padre; al Padre que generó esa Hija maravillosa, capaz de darte inegoístamente la armadura con la cual sales a luchar por el logro de tu Supremo Destino.

Ada Albrecht del libro "La Paz del Corazón" Ed. Hastinapura

HASTINAPURA

diario para el alma

El país del mas acá

de Ada Albrecht

Parte V

La ciudad de los ibis blancos

Se puede hablar de la Ciudad de los Ibis Blancos sólo con un gran esfuerzo de la imaginación. Resulta casi imposible describirla, por la sencilla razón de que allí no hay nada que describir, no hay casas ni árboles, ni calles, ni habitantes tal como nosotros entendemos que son las casas, los árboles, las calles y los habitantes de cualquier ciudad de la Tierra. En efecto: ¿cómo hablar de algo que es sólo luz? ¿Puede ser descripta una planta de luz, un pájaro de luz, una avenida de luz? Y lo más difícil: ¿puede hablarse de cosas que tan pronto son algo, para ser otro objeto diferente al minuto siguiente? ¿Puede por ejemplo decirse “este colibrí”, si mientras se lo nombra pasó a convertirse en viento, en ola de mar, en nube?

La “Ciudad de los Ibis Blancos” no había sido jamás visitada por ser humano alguno, y Bávana era el primero al cual se permitía llegar hasta ella. Con mucha atención, y observando que “no había nada que observar”, el niño descubrió sin embargo una cierta variación en la intensidad de los colores de la luz. Así, era de un rosado apenas perceptible en el cuerpo cambiante de las flores, y adquiría un pequeño tinte violeta en el de los pájaros.

Por cierto, allí se desconocía totalmente la sombra, nadie había visto una jamás, y nadie pensaba tampoco en la posibilidad de su existencia. La brisa, por su parte, llevaba y traía en su regazo encantadoras melodías, a cuyo extraño ritmo parecían danzar todas las “cosas”. Bien decimos “encantadoras”, pues eran melodías mágicas, que poseían el poder de otorgar eterna felicidad a aquel que las escuchara.

–Milka –dijo Bávana–, estoy completamente desorientado en esta ciudad. No puedo mirarla, ya que es otra cosa. Todo en ella varía, es y no es. ¿Qué podemos hacer aquí? Yo estoy acostumbrado a mis juguetes que siempre son la misma cosa, a mis árboles y mis compañeros y... –Callóse un momento, como si pensara, y añadió luego:

–Tengo que confesarte, sin embargo, que nunca me he sentido tan feliz como en este momento, como al llegar aquí. ¿Qué ciudad es, Milka? ¿Por qué todo es tan diferente?

–Tú vives en la Tierra, y en ella el tiempo es materia prima para la evolución de sus seres.

–¿Qué? ... ¿Cómo? ... –preguntó Bávana, que no entendía la aclaración del pájaro de fuego.

–Quiero decirte que allá, tú eres pequeño, luego joven y, por último, un viejecito como tus abuelos, y todo eso se llevará a cabo en el transcurso de muchos años, ¿verdad?

–¡Oh, sí! –repuso el niño–. ¡Pero sigue, por favor, Milka!

–Bueno, imagina un lugar donde las cosas nazcan a la vez niñas, jóvenes y ancianas, y que sean todo eso al mismo tiempo.

–¡Casi me es imposible hacerlo, Milka!

HASTINAPURA

diario para el alma

–Pues así es en la “Ciudad de los Ibis Blancos”, porque en ella ha cesado el tiempo y sólo existe la perennidad. De todos modos, te daré un par de cristales, extraídos de la Mansión de las Horas para que con ellos, a modo de lentes, te cubras los ojos. Así se fijarán ciertas imágenes, y podrás observarlas mejor, ya que la vista humana no se halla capacitada para seguir, ni el cerebro para interpretar, tantas dinámicas transformaciones.

Así pues, con los cristales a modo de lentes, se dedicó a recorrer la ciudad. Lo primero que llamó su atención fue una larguísima fila de relojes de pie, colocados a modo de columnas a lo largo de la avenida principal. Estos relojes eran muy esbeltos y estaban hechos totalmente de cristal. Sus agujas eran casi transparentes, y todas se hallaban detenidas en la hora...

–¡No! –dijo Bávana, observando mejor–. Esas no son agujas, son... son ¡pequeños hilos de agua!

¡Y el cuadrante de los relojes no tiene números!

–No, no los tiene –acotó Milka–. Si te acercas un poco más, verás que...

–¡Oh, Milka! ¡Son lotos! ¡El cuadrante de esos relojes son inmensos y blanquísimos lotos!

–¡Sí! –repuso el pájaro de fuego–. En la Ciudad de los Ibis Blancos es en el único lugar donde se conocen las “flores del Tiempo”. Es por que sus relojes no pueden tener cuadrantes con números, como los que conocemos. Aquí no existen las horas, porque todas ellas se han convertido en maravillosos lotos blancos. Esos hilillos de agua que tú ves, sobre las mismas, y que llegaste a confundir con agujas, proceden del llamado “Gran Manantial Celeste”.

–Milka, ¿qué es... dónde se halla ese manantial?

–No me lo creerías, si te digo, pero me arriesgaré a contártelo: el “Gran manantial Celeste” se encuentra en el corazón de todas las cosas.

–¿En mi corazón también?

–¡También en tu corazón!

–No sé, ¡me parece una fantasía!

–A menudo, todo lo verdadero es fantástico. Dios es fantástico, el Bien es fantástico, el Hombre es fantástico... y el Gran Manantial Celeste...

–Superfantástico –exclamó Bávana, envolviendo su rostro en una esplendente sonrisa.

–Cuando sepas de qué se halla conformado...

–Bueno, ¿de qué se halla conformado? –repitió el niño.

–Pues no de agua, ¡de miel! ¡De miel del Corazón! Cuando el corazón ama, es bondadoso, perdona las ofensas recibidas, cuando es inegoísta, cuando nada quiere para sí, sino siempre está pensando qué bien hacer a otros, se va transformando en un Gran Manantial Celeste, que comienza a dar su dulce ambrosía. Entonces, para esa persona, dueña de tan generoso corazón, comienza lentamente a cesar el tiempo. Un día, se duerme y...

–Es decir “muere”, ¿verdad?

HASTINAPURA

diario para el alma

–Te tengo dicho que en la Tierra llaman muerte a lo que es tan sólo un sueño diferente. Bien, ¡sigo! Un día se duerme, y se transforma en un Ibis Blanco, viene a habitar en esta ciudad de las cosas eternas, y ya nunca desciende al mundo, pues ha roto sus cadenas con lo perecedero, no puede ya seguir viviendo en la Casa del Tiempo. Entonces, aparece un nuevo reloj de cristal, con un cuadrante de flor de loto, continuamente acariciado por el hilillo ambarino del manantial celeste, lo que significa que otro ser ha alcanzado las puertas de la ciudad de los Ibis Blancos. El Ibis Blanco Real, por su parte, de tanto en tanto, cuenta cuántos relojes han sido devueltos: “Hoy cuatro, hoy cinco, hoy seis...”. Dicen que un día saldrá y contará, y no faltará ya ninguno. Será cuando todos los hombres de la Tierra hayan logrado cerrar para siempre las puertas de la “ciudad de los cuervos”, de la “ciudad de los leones”, de la “ciudad de las serpientes” y en el “País de Más Acá” sólo queden abiertos los portales que conducen a la “Ciudad de los Ibis Blancos”. Ese será un día de fiestas para todo el universo, pues todo, todo, será bueno, bello y divino.

–Milka –interrumpió el niño–. ¿Por qué dices que el Ibis Blanco Real cuenta los relojes que han sido devueltos? ¿Por qué devueltos, Milka? ¡Explicame, yo no entiendo!

–Cada hombre, lo sepa o no, tiene uno de estos relojes, oculto en algún lugar del “País de Más

Acá”. Cuando por fin aprende a usar su tiempo sólo para el bien, a ese reloj se le borran los números del cuadrante, y al mismo tiempo se transforma en un loto. Entonces es hora de ponerlo a dormir, y hacerlo viajar a la Ciudad de los Ibis Blancos. Cuando llega, devuelve el reloj, y se lo pone junto a los otros, en la gran avenida. Todavía faltan muchísimos, pero el hecho de que hayan regresado ya algunos, es una gran esperanza para el Ibis Real.

–Me parece que algo he comprendido ya sobre estos extraños relojes –dijo el niño, y agregó–: No sé por qué me inquietan, como si quisiera y no quisiera devolver el mío. Porque yo también deberé devolverlo alguna vez, cuando sea muy bueno, ¿verdad, Milka?

El pájaro de fuego se puso a reír, y ello fue su mejor respuesta. Aconsejó al pequeño que no dejara de mirar las cosas a través de los cristales y se internó luego con él, en la ciudad.

–Me extraña no ver ningún Ibis Blanco –comentó el niño, intrigado.

–Es que están orando, y cantando, lo que aquí es lo mismo –explicó Milka.

–¿Dónde? –quiso saber Bávana.

–Oh, –repuso el ave, y se quedó en silencio, como si la respuesta fuera muy difícil.

–¿Dónde, Milka? –volvió a preguntar el niño. Milka continuó en silencio–. ¿Tienen un templo para orar? ¿Dónde está el templo donde los Ibis Blancos cantan y oran? –Y como Milka siguiera sin responder, Bávana dijo–: ¡yo lo buscaré!

–No –repuso el ave–. Sería inútil. Los Ibis Blancos no tienen templo.

–Pero, ¿dónde oran, entonces?

HASTINAPURA

diario para el alma

–Allá –dijo Milka–. En la Tierra, junto a sus labradores, a sus campesinos, a sus sacerdotes. Junto a los niños que van al colegio como tú, al lado de las cunas de los recién nacidos, de los padres que trabajan, de las madres...

–En la Tierra yo no he visto ningún Ibis Blanco –repuso Bávana.

–¡Cómo! ¿Nunca te sacrificaste por algo, por alguien?

–¡Oh, sí, ¡eso sí! Por Mohan, me vecino que tuvo polio y yo lo cuidé, por Pushpa, mi compañera a quien enseñé los deberes cuando no sabía, por...

–Eran los Ibis Blancos –repuso el pájaro de fuego–. Ellos conducen las manos de los hombres y las llenan de buenas acciones, ellos son quienes lavan su corazón de todo egoísmo. Cuando un hombre se dice “quiero hacer el bien, quiero ser bueno”, es un Ibis Blanco quien, con mucha dulzura, está enseñando a su corazón a convertirse en Gran Manantial Celeste. Cuando ese mismo hombre fracasa en su empresa, los Ibis Blancos se enferman, recogen sus alas, nacidas del mismo corazón de la aurora, entornan sus preciosos ojos de azul purísimo, y allí se quedan, aletargados, esperando –porque siempre esperan– que el hombre en cuestión regrese al Bien.

Continuará en el próximo número

HASTINAPURA

diario para el alma

Sobre la Meditación

Por Claudio Dossetti

Meditación es acercamiento a Dios. En ella ha de primar por sobre todo el sentimiento divino o Bhavana; si este se hallara ausente, estaríamos poniendo en práctica una “técnica”, es decir, un sistema mecánico, que podría otorgarnos –en el mejor de los casos– una cierta destreza mental (quietud, concentración, etc.), pero que nada tendría en común con nuestra parte espiritual. Meditar es, en verdad, amar a Dios: allí se resume todo su secreto. Habiendo aclarado este punto –que por obvio que parezca, no lo es– pasaremos a mencionar algunos aspectos esenciales de esta sagrada práctica o Sâdhana.

Tal vez la más difundida forma de meditación sea la oración. La hallamos en casi todas las Religiones, a menudo se la acompaña con un rosario o collar de cuentas, o, como se lo llama en India, Rudraksha o Japamala, el cual ayuda a mantener la atención en el rezo. Entre los cristianos ortodoxos, de tradición monacal, encontramos la llamada “Oración del Corazón”, la cual es una sentencia breve, recitada fervorosamente por los devotos. De igual modo, entre los Hindúes, los llamados “Mantras” o “Fórmulas sagradas” encierran, en forma de pocas palabras, Nombres y Cualidades del Señor, que el aspirante repite una y otra vez, haciendo que la mente se colme con ese divino sonido y poco a poco se desprenda de todo lo que no es Dios. Lo mismo podemos decir de la Religión Musulmana y su “Dhikr”, similar al Mantra Hindú y las oraciones Budhistas. Todas son igualmente eficaces en cuanto a su capacidad de contactarnos con lo Divino: como ya hemos dicho, el secreto reside en la devoción del que ora. Devoción, que, entre otras formas, puede ser demostrada con la perseverancia en el rezo. Recordemos que la oración es una ofrenda que hacemos a Dios, por ello, no debemos esperar “resultados”; si así se hiciera, todo mérito desaparecería. La oración debe ser una expresión de nuestro amor.

Algunos Maestros dicen, también con respecto a la oración, que es conveniente hacerla a horas determinadas –recordemos las Sandya Vandanas hindúes (meditaciones de la mañana, mediodía y atardecer), los horarios de rezo del Islam, las horas estrictas de los monasterios, etc.–; se dice que ello acostumbra a la mente al recogimiento en esos momentos.

También se aconseja practicarla en un Templo o, si no es ello posible, en un salón de meditación, que, aunque sea sencillo, se halle consagrado para tal fin. Por otra parte, se indica que no es conveniente “cambiar” continuamente de oración o Mantra, ya que ello, en vez de centralizar la mente, la inquieta. Lo ideal es escoger una oración y perseverar en ella a lo largo de nuestra vida.

El recitado puede ser en voz baja, mental o en voz alta; ello depende de cada persona. A veces, si se lo hace en forma únicamente mental puede dar somnolencia. Pero cada uno debe hallar la forma que mejor se adecue a su naturaleza. También se recomienda tener presente una imagen de la Divinidad a la cual entregamos nuestra Devoción, de este modo, es como si estuviéramos “hablándole” a Dios en Su imagen. Hay personas que oran a Dios sin imagen, ello es más difícil, pero, como dijéramos antes, también depende de cada persona.

Suele indicarse que es importante estar quieto, es decir, en una posición “firme”, tal es, en realidad, el objeto de las llamadas “Âsanas” del Hatha Yoga. Los Maestros del Yoga dicen que si el cuerpo se mueve mucho, la respiración también se agitará, ello

HASTINAPURA

diario para el alma

desequilibrará nuestra energía vital o Prâna, y debido a ello la mente se volverá muy inquieta. Pero, una vez más, digamos que lo importante para la meditación es Bhavana o Sentimiento Divino; el resto es secundario.

A veces la oración toma la forma de canto. Los Libros Sagrados hindúes – llamados Vedas– se hallan divididos en cuatro secciones, una de ellas, considerada por muchos como la más bella, es el Sama Veda, que significa precisamente “El Veda del canto”. El canto es una expresión pura del Amor al Señor. Grandes santos de la humanidad, alabaron de esta forma a su Señor. San Francisco de Asís, Santa Teresa, Mirabai, Tukaram, Tyagaraja, Surdas, el Rey David, Confucio y otras incontables almas expresaron sus sentimientos mediante la música. En los Ashrams, monasterios orientales, lamaserías, conventos, la música acompaña siempre a las plegarias. Recordemos que en muchos monasterios cristianos el llamado canto gregoriano forma parte esencial de la práctica espiritual. Entre los hindúes, los Kirtams (cantos devocionales), ayudan grandemente a despertar el fervor en el corazón de devoto.

Una forma adecuada de comenzar la meditación es con la lectura de un Libro Sagrado. Ello nos aparta del mundo material y nos conecta con lo Divino. La mente va poco a poco transformándose mediante la lectura espiritual. Las enseñanzas ingresan en nosotros y allí permanecen. Para esta práctica es imprescindible sentir una profunda reverencia por el Texto que se estudia, sea éste el Tao Tê King, el Bhagavad Gîtâ, la Biblia, el Corán, el Dhammapada u otro. A menudo, el Libro Sagrado es considerado como una manifestación de Dios Mismo, se lo venera y guarda cuidadosamente en altares especialmente preparados.

Es necesario evitar que la oración se vuelva “mecánica”. Para que ello no ocurra debe hallarse presente –digámoslo una vez más– el sentimiento devocional. Debemos sentir el Nombre de Dios no sólo en los labios y la mente, sino en lo más profundo del corazón.

También es importante, para realizar nuestra meditación diaria, el ritual. Ello consiste en una serie de actos sencillos pero importantes. Por ejemplo, el quitarse el calzado antes de ingresar a un Templo o salón de meditación implica que estamos dejando detrás todo cuanto sea contacto con el exterior, dejamos de caminar por las sendas del mundo para “caminar” en la senda espiritual. Asimismo, el hacer sonar la campana a la puerta del Templo significa que estamos diciendo “Señor, permíteme ingresar en Tu Morada, para reverenciarte”. El acto de encender un sahumerio frente al altar también es necesario, con esta ofrenda damos por comenzada la meditación, es como si dijéramos “ahora, Señor, entrego todo mi ser a Tus pies”.

Sin embargo, todo cuanto llevamos dicho carecería de valor si no estuviese presente el Guía Espiritual; él es quien nos indica cómo y cuándo debemos meditar. Él nos “inicia” en el sagrado arte del amor a Dios. Él es el fuego que enciende nuestra llama interior, nos otorga la fuerza necesaria para realizar nuestra práctica. Sin el Guía o Guru, en realidad, no es posible la meditación. Como se dice en India, el conocimiento espiritual se transmite de boca del Maestro a oídos del discípulo, “de un alma viviente a otra alma viviente”. Este es el comienzo de la verdadera meditación.

Para finalizar digamos que el momento de la meditación debe ser la coronación de un día entregado a Dios. No sólo hemos de recordar lo Divino dentro del salón de meditación, sino, muy especialmente, fuera de él. Recordemos siempre la sentencia de los Upanishads: “Sarvan Hyetad Brahma”, cuyo significado es: “todo esto, en verdad, es Dios”.

HASTINAPURA

diario para el alma

El gran fracaso

por Ada Albrecht

Esta es la historia de un joven –joven en los años treinta–, que durante toda su vida, se dedicó al estudio de la filosofía. Fue un gigante mundial por su enorme erudición. Perteneció al grupo selecto de pensadores de la talla de Zubiri, y hasta llegó a ser uno de los grandes discípulos de Ortega y Gasset. Con el arqueólogo Kerényi, exploraba las misteriosas ruinas griegas. Federico –que tal era el nombre del joven de nuestra historia–, se unió con él en más de una expedición arqueológica, impulsado por el sueño de encontrar, tal vez, oculta entre las piedras de algún ruinoso templo, alguna señal, alguna vieja tablilla que pudiera darle luz a sus investigaciones sobre los viejos filósofos. Cumplió ochenta años en un pueblo del mediterráneo. Su vida estaba en el ocaso. Tenía los ojos habitados por grandes rascacielos de letras. Su mente era un volcán en ebullición intelectual y la lava de juicios racionales se derramaba ardorosa a los costados de sus laderas, ahogando con sus especulaciones, al solitario reducto donde se escondía temeroso de tanta erudición, su pobre discernimiento. Años después, Federico abandonó su cuerpo físico mientras navegaba en un barco rumbo a una isla del Egeo.

Hijo querido, como te darás cuenta, esta es la historia de una desdichada criatura humana que, como millones, al paso de los siglos, buscan el oro de la sabiduría cavando denodadamente con el pico de la ceguera espiritual en las laderas del viento, al cual, suponen, montaña abundante en metales y gemas preciosas. No tomes tú también la pala de tu intelecto para buscar tesoros en la nada. Las investigaciones de tu mente tienen el límite del universo. Tú debes buscar unirte; tú debes re-descubrir Aquello que lo trasciende. No descargues tu responsabilidad de Ser sobre las espaldas de Platón, de Sankara, etc., los viejos filósofos trataron de enamorarte del camino, pero nunca te dijeron que andarían por ti la senda de la autorrealización, infórmate sobre todo lo vertido intelectualmente por los grandes investigadores, pero no te detengas en ello. Si en ti prima el deseo de saber sobre el deseo de Ser, estarás perdido. Ser es amar, Amor y Ser trascienden el conocimiento. No te quedes tú en este último. Por si no lo sabes, éste puede llegar a ser el más grande de los fracasos. La criatura humana que duerme a la sombra del conocimiento es como aquella que se guarece de la lluvia tratando de no mojarse bajo la red de un pescador. Ella no puede cubrirlo, e inexorablemente quedará a merced del agua. No pidas a la arena del desierto que te de la gracia del fruto. Busca el Jardín donde se alza la gloriosa rosa blanca de la Verdad Suprema, y no entretengas tu vida pidiendo claridades aurales al desdichado abismo que sólo conoce de sombras.

¡Atrévete a hacer un vacío total en ti, atrévete a desalojar la casa de tu intelecto de los innumerables huéspedes que te envían las grandes bibliotecas, y en tal proporción, en tal multitud, que suelen no permitirte ver la gloria del alba! Tanto temor tiene el hombre al vacío que prefiere llenarse de nada, esto es, de búsquedas intrascendentes, que prefiere cualquier otra fantasía disfrazada de sabia especulación, antes que descubrir la Presencia de Dios en su corazón. Porque la Presencia de Dios se alza en él, y sólo el escepticismo, la indiferencia, el desamor, la desatención, niegan esta posibilidad, que no es dicha, sino gritada, con desesperación, porque nadie la escucha, por los Avatares y sus enseñanzas.

HASTINAPURA

diario para el alma

Hijo mío, no seas un Federico más. No busques afuera lo que clama por ser descubierto dentro de ti mismo. Confía en las Grandes Enseñanzas. No reniegues de ellas. No digas “yo no puedo”, “es mucho para mí”. Vístete con la túnica de la humildad que ni asegura ser el Sol del mediodía, ni tampoco la sombra de medianoche. Tal vez por eso la vistieran los santos como símbolo del alma entregada a Dios nuestro Señor, rosa blanca de verdad, única Meta señalada por los Grandes de Espíritu. No temas, no seas “esclavo de la duda” si no quieres marchar inexorablemente hacia tu perdición. Estás en una caverna: la de la ignorancia de tu esencia. Si quieres salir de ella, ve hacia la luz. Si no lo haces tropezarás una y otra vez en mares de sombra. Si quieres emerger de esa caverna, ve hacia la salida de la misma. Si no crees en ella, esto es, en la salida, perderás la posibilidad de conquistar una conciencia emergente. Quedarás en la “Selva Especulación”, “Selva Curiosidad”, esclavo del simio Apego Intelectual ahogado en mares de letras. No sé qué religión profesas, por eso te recuerdo que hinduismo, judaísmo, hebraísmo, islamismo, etc., todas ellas te hablan de la entrega a Dios de la conciencia, de la entrega a Dios del corazón. No hagas oídos sordos a esto, no quieras ser superior a Cristo, a Moisés, a Tukaram. Es oscura la noche de nuestra ignorancia, y si anhelamos salir de ella, hemos de alumbrarnos con la antorcha de la Fe en Dios, el verdadero Camino. No la arrojes a un costado de tu sendero, no te arropes con los efímeros atuendos que te alcanza la mente. Al final te morirás de frío. Que la Devoción a Dios sea tu brújula en tu largo peregrinaje hacia la Luz.

...y no te unas a los innumerables Federicos que pasaron por la Tierra. El fracaso total de un hombre es haber perdido el Timón de su Barca; sin ese Timón el naufragio es seguro. Así pues, aférrate a él, aférrate a Dios, aférrate a la Devoción, y podrás salir de la caverna, podrás abandonar la gruta, podrás hallar tu puerto, tu verdadero Hogar, tus Alas inefables.

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas del confucianismo

Parte V

Las siguientes enseñanzas han sido extraídas del Libro Sagrado del Confucianismo titulado “Lun Yu”

El Santo Maestro Confucio dice: “Tres clases de amistad son ventajosas para el alma, y tres son perjudiciales. La amistad con una persona que habla sin rodeos, la amistad con un hombre sincero y la amistad con alguien que posee una gran sabiduría son las tres clases de amistad útiles. La amistad con una persona acostumbrada a engañar mediante una falsa apariencia de honradez, la amistad con una persona hábil para adular y la amistad con una persona muy habladora, son las tres clases de amistad que perjudican el alma” (Lun Yu XVI, 4)

El Santo Maestro Confucio dice: “Hay tres cosas que son buenas para amar, y tres cosas perjudiciales. Amar las ceremonias sagradas y la música, amar la difusión de las buenas obras de otros seres humanos y amar las relaciones de amistad con las personas sabias y virtuosas son tres cosas buenas para el alma. Por otra parte, amar la satisfacción de los deseos, amar perder el tiempo yendo de un lugar u otro, y amar los festines y reuniones vanas, son tres cosas perjudiciales” (Lun Yu XVI, 5)

El Santo Maestro Confucio dice: “El que se dedica a practicar la virtud debe estar en guardia contra tres cosas: en la juventud debe cuidarse de los placeres de los sentidos; en la madurez debe cuidarse de las disputas y los pleitos; y en la vejez debe cuidarse de la tendencia a acumular bienes” (Lun Yu XVI, 7)

“Cuando se te presente la oportunidad de hacer un bien, despliega toda tu energía, como si tuvieses miedo de no poder hacerlo. Y cuando se presenta la ocasión de apartarte de un mal, retírate rápido de él, como si hubieses puesto la mano en agua hirviendo” (Lun Yu XVI, 11)

“Sólo hay dos clases de hombres que nunca cambian de conducta: los más sabios, que son siempre perfectos, y los más necios, que no quieren aprender ni corregirse” (Lun Yu XVII, 3)

“Quien no conoce la Voluntad del Cielo, jamás llegará a ser sabio. Aquel que desconoce las reglas y las costumbres, nunca podrá tener una conducta ecuánime. Y aquel que es incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso en los discursos de los seres humanos, jamás podrá conocer a los hombres” (Lun Yu XVIII, 3)

Del libro “Chung Yung: El Medio Invariable” Ed. Hastinapura

Continuará en el próximo número

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas de Meister Eckhart

Parte III

Meister Eckhart ha sido uno de los mayores místicos del medioevo europeo.

Sus enseñanzas trascienden la religión cristiana y pasan a formar parte de la maravillosa sabiduría universal

que conduce a todos los hombres hacia la re-unión con su Padre Celeste. Aquí hacemos una breve reseña de sus enseñanzas.

1) De las dos clases de arrepentimientos

Hay dos clases de arrepentimiento: uno de ellos es temporal o natural, el otro divino y sobrenatural.

EL ARREPENTIMIENTO TEMPORAL se ve siempre atraído hacia abajo, hacia un sufrimiento más grande y pone al hombre en tal tristeza, que éste cree marchar hacia la desesperación. El arrepentimiento permanece entonces en el sufrimiento y no hace progresos, a nada conduce.

EL ARREPENTIMIENTO DIVINO en cambio, cuando el hombre experimenta disgusto consigo mismo, hace que éste se eleve a Dios y tome la resolución inquebrantable de apartarse para siempre de todos sus pecados.

De ello resulta un goce espiritual, que eleva al alma, apartándola de todo sufrimiento y de toda tristeza, y la liga fuertemente a Dios. CUANTO MÁS FRÁGIL SE ENCUENTRA EL HOMBRE A SÍ MISMO, Y CUANTO MÁS ERRADO, MÁS RAZONES TIENE PARA UNIRSE EN UN AMOR SIN LÍMITES A DIOS.

2) De la verdadera confianza y de la esperanza

Se reconoce el amor verdadero y perfecto, por la gran esperanza y la confianza que se tiene en Dios, porque nada hay que pueda dar mayor prueba del amor perfecto, que la confianza. El amor profundo y perfecto que una persona experimenta hacia otra, da origen a la confianza; sea cual fuere la confianza que uno se atreva a tener en Dios, la encuentra verdaderamente en Él, y mil veces mayor.

3) De las dos clases de seguridad en la vida eterna

Hay en esta vida dos maneras de verse esclarecido sobre la vida eterna.

Una de ellas viene del anuncio que de esa vida Dios mismo le hace al hombre por mediación de un ángel o por una iluminación particular. Esto no ocurre más que en raras ocasiones y a pocas personas.

El otro modo de conocimiento se da cuando el hombre, por el amor y la intimidad que tiene con Dios, le otorga una confianza tan plena y está tan seguro en Él, que no puede dudar. Adquiere una certeza tal, porque lo ama en todas Sus criaturas.

Del libro “Enseñanzas de Meister Eckhart”, Ed. Hastinapura

Continuará en el próximo número

HASTINAPURA

diario para el alma

Comenzar a buscar a Dios es ya comenzar a encontrarlo

por Mabel Lavintman

Con esta interrogación comenzaba mi primer acercamiento a ti, hermano lector, en el número anterior de este diario. Intentaré ahora, dentro de lo posible, comentarte algunas ideas básicas que hacen al transitar del Sendero que lleva al conocimiento de Sí Mismo. Para comenzar, te diré que el ser humano tiene unas cuantas facultades (virtudes) que Dios le dio, en completo desuso (usando un lenguaje más filosófico: tiene muchas virtudes en potencia, pero no en acto). La principal cualidad que nos interesa ahora y que, de alguna manera, es madre de las demás, es el divino don del discernimiento. Un discípulo, o un caminante que humildemente se postule como tal, no podrá avanzar un solo paso si no cultiva (despeja, aclara) su discernimiento.

¿QUÉ ES EL DISCERNIMIENTO?

Dice la definición en sánscrito, acorde a la antiquísima y a la vez siempre vigente sabiduría oriental: *nitya anitya vastu vivekaha*, la discriminación entre lo eterno y lo transitorio es *viveka* (discernimiento) o, dicho de otra manera, entre aquello que es (Dios) y aquello que no-es (maya: ilusión). Esto, de tan simple y directo, casi siempre se nos escapa de las manos. Este don no nace de la erudición, ni del simple raciocinio. Es más, casi te diría que es antagónico a ellos. Cuanto mas tengo la mente cargada de datos, menos entiendo la vida del espíritu. Este divino don lo poseyeron santos como Francisco de Asís o Ramakrishna, quienes jamás leían un libro: simplemente tenían la mente pura y el corazón lleno de amor. El mero conocimiento intelectual no nos da *viveka*. Mientras el hombre corra desesperadamente tras una fortuna o una posición social, o un cargo ejecutivo, o mujer, o lo que sea en este mundo de “posesiones”, su discernimiento estará ausente, como muerto. No se acordará de Dios ni de su alma inmortal, y vagará por este universo sujeto a los caprichos de su psique y su cuerpo, como triste esclavo engañado por un amo que parecía su amigo, pero que a la larga descubrió como su peor enemigo: el deseo.

¿CÓMO, ENTONCES, PUEDO COMENZAR A DESARROLLAR MI DISCERNIMIENTO?

Por la adecuada instrucción. Así como existen textos que sólo alimentan nuestra mente, también, gracias a Dios, existen los otros: los libros que fortalecen nuestro espíritu. Estos últimos, siempre nos invitan a la reflexión profunda y a la oración, y son como un baño de luz en la oscura noche de nuestras conciencia. Si no los conoces aún, sería muy bueno que te acerques a alguien que pueda recomendártelos y, ¿por qué no?, explicártelos. ¿Dónde encontrar esta instrucción? Si tú me preguntas, te diré que yo la encontré generosamente brindada en la Fundación Hastinapura. Busca y encontrarás. En el mundo entero existen almas despiertas que pueden guiarte. Pero recuerda siempre, y no te equivoques: un verdadero maestro o guía tiene un sentimiento para transmitir: la fe en Dios. Esta Fe, está totalmente libre de dogmas religiosos, y a su vez, te lleva a encontrar las verdades esenciales de todas las religiones del mundo. ¡Ten cuidado! No es verdadero maestro quien te fanatiza en un culto declarando que los otros son falsos o inferiores. Tampoco es verdadero maestro quien te habla en forma enigmática de conocimientos “ocultos” o “esotéricos”. Tampoco es verdadero maestro aquel que te dice que podrás conquistar todos tus deseos, ¡desarrollando fuerza mental apropiada y direccionándola hacia ellos!

¿Qué es verdaderamente un maestro?

HASTINAPURA

diario para el alma

Un verdadero maestro es un alma llena de amor y comprensión hacia todos. Su enseñanza es clara y directa y su sola presencia, una fuente de inspiración para desarrollar en cada uno de nosotros la Fe en Dios y, como natural corolario: el servicio a nuestros hermanos del mundo. Un verdadero maestro te nutre, como una madre amorosa, con el alimento más puro, para la salud de tu alma. Jamás desarrolla tu curiosidad horizontal que te pierde en el reino de lo múltiple: jamás deja que te autoengañes: firme y pacientemente te guía, a través de las múltiples circunstancias de la vida, hasta tu ansiada meta.

Hasta la próxima, hermano mío, y que Dios, nuestro Señor, ilumine tu camino.